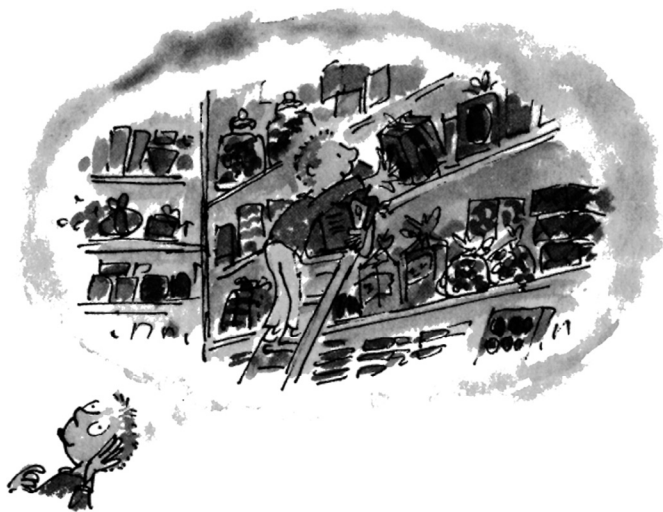


Una mañana me fijé que habían borrado el SE BENDE del escaparate y que en su lugar alguien había pintado BENDIDO. Me quedé mirando el nuevo cristal y diciéndome que ojalá hubiera podido ser yo el que la habría comprado, porque entonces me hubiera dedicado a convertirla otra vez en un empachadero. Siempre he deseado con todas mis fuerzas tener una dulcería. La dulcería de mis sueños estaría forrada de arriba abajo con Chupones de Helado y Crujientes de Caramelo y Tofees Rusos y Delicias de Azucarillo y Chicles de Crema y miles y miles de otras glorias parecidas. ¡Hay que ver lo que yo habría hecho con ese viejo empachadero si hubiera sido mío!



En mi siguiente visita a aquel lugar, estaba yo contemplando desde la acera de enfrente el viejo y maravilloso edificio cuando de repente una enorme tina salió disparada por una de las ventanas del segundo piso y fue a estrellarse en mitad de la calle.



Poco después, un retrete de porcelana blanco, que aún tenía sujeto su asiento de madera, salió volando por la misma ventana y aterrizó haciéndose añicos, al lado de la tina.

Al retrete le siguió un fregadero, una jaula de canario vacía, una cama con dosel, dos bolsas de agua caliente, un caballito de madera, una máquina de coser y dios sabe cuántas cosas más.

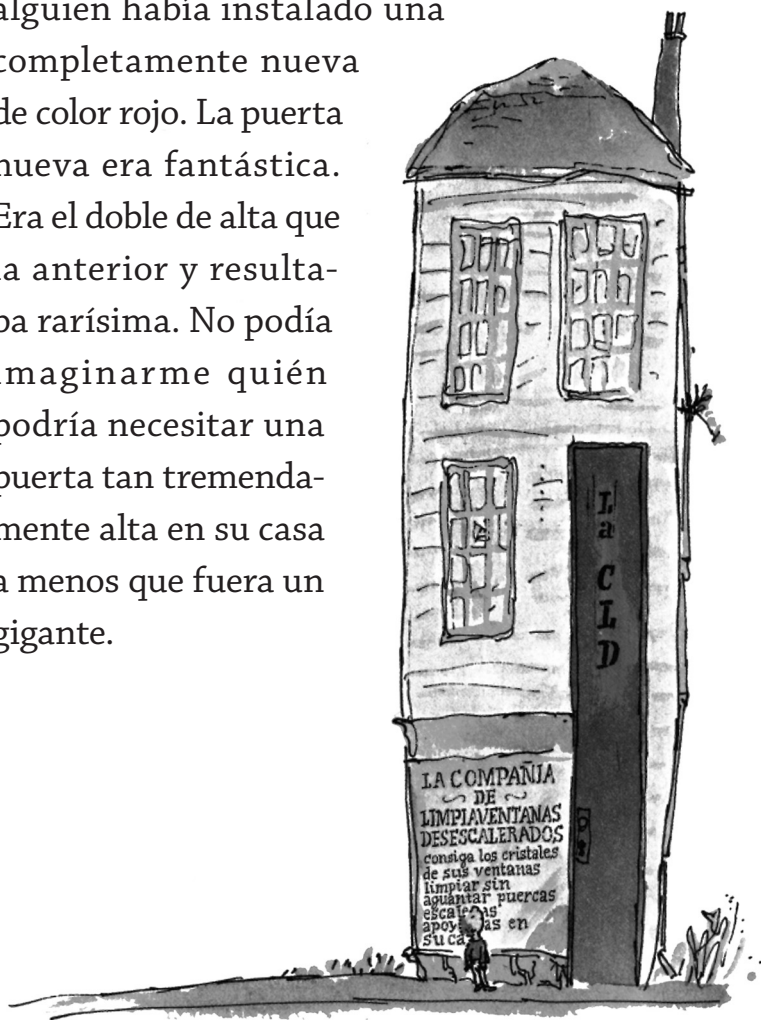
Parecía como si un loco estuviera arrancando todo lo que había dentro, porque también caían zumbando desde las ventanas trozos de escalera, pedacitos de barandilla y montones de baldosas viejas.

Después se hizo el silencio. Esperé un buen rato pero no salió ningún otro ruido del interior del recinto. Crucé la calle, me puse justo debajo de las ventanas y grité:

—¿Hay alguien en casa? —no hubo respuesta.

Acabó anocheciendo, así que tuve que regresar andando a casa. Pero podría apostar la vida a que nada me iba a impedir volver corriendo a la mañana siguiente a ver qué nueva sorpresa me esperaba.

Cuando volví a la mañana siguiente me fijé, antes de todo, en la nueva puerta. La vieja y sucia de color café había desaparecido y en su lugar alguien había instalado una completamente nueva de color rojo. La puerta nueva era fantástica. Era el doble de alta que la anterior y resultaba rarísima. No podía imaginarme quién podría necesitar una puerta tan tremendamente alta en su casa a menos que fuera un gigante.



También habían borrado del escaparate el cartel de BENDIDO y ahora había un montón de cosas escritas sobre el cristal. Lo leí y releí, tratando de descifrar qué diantres significaban aquellas palabras.

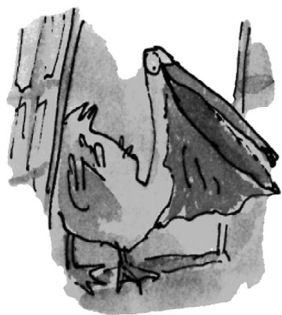
Intenté captar algún ruido o signo de movimiento dentro de la casa, pero no hubo ninguno... hasta que de repente... con el rabillo del ojo... vi que una de las ventanas del último piso empezaba a abrirse lentamente hacia afuera.

A continuación, una CABEZA asomó por la ventana abierta. Me quedé mirándola. La cabeza también me miraba con unos ojos negros, grandes y redondos.

De repente, una segunda ventana se abrió de par en par y apareció algo muy curioso, un inmenso pájaro blanco que, de un salto, se quedó encaramado en el alféizar. Supe qué animal era por su increíble pico, que parecía una



enorme palangana de color naranja. El pelícano me miró desde arriba y se puso a cantar:



*Por comer estoy ansioso
un pescado bien sabroso.
Sólo deseo probar
ese plato delicioso.
¿Estamos lejos del mar?*

—Estamos muy lejos del mar —le respondí—, pero aquí cerca, en el pueblo, encontrarás un pescadero.

—¿Un pesca... qué?

—Un pescadero.

—¿Y qué significa eso? —preguntó el pelícano—. He oído hablar del pastel de pescado, del pudín de pescado y de los buñuelos de pescado, pero jamás de un pescadero. ¿Los pescaderos se comen?

La pregunta me desconcertó un poquito, y le dije:

—¿Quién es ese amigo tuyo asomado a la ventana?

—La Jirafa —me contestó el pelícano—. ¡Es maravillosa! Tiene las patas en la planta baja y asoma la cabeza por las ventanas del último piso.

Por si esto fuera poco, la ventana del *primer piso* se abrió de par en par y de repente apareció un mono.

El mono se quedó en el alféizar y empezó a bailar dando saltitos. Era tan delgado que parecía hecho con hilos de alambre recubiertos de pelo.

Bailaba estupendamente, mientras yo le aplaudía y lo animaba, bailando también para acompañarlo.

—Somos los limpiaventanas —cantaba el mono.



*Limpiamos su ventanal:
brillará como el metal,
¡como destella sobre el mar el sol!
Rapidez y servicio,
dedicación y oficio.
¡La Jirafa, el Pelícano y yo!*